

V Domingo de Cuaresma

Ez 37, 12-14; Sal 129, 1-8; Rm 8, 8-11; Jn 11,1-45

«Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: "Señor, aquél a quien tú quieres, está enfermo." Al oírlo Jesús, dijo: "Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella." Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: "Volvamos de nuevo a Judea." Le dicen los discípulos: "Rabbí, hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?" Jesús respondió: "¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él." Dijo esto y añadió: "Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo." Le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, se curará." Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos allá." Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: "Vayamos también nosotros a morir con él." Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá." Le respondió Marta: "Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día" Jesús respondió: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?" Le dice ella: "Sí, Señor, yo creo que tu eres Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo." Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: "El Maestro está ahí y te llama." Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue hacia él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos, que estaban con María en casa consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto." Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: "¿Dónde lo habéis puesto? Le responden: "Señor, ven y lo verás." Jesús derramó lágrimas. Los judíos entonces decían: "Mirad cómo le quería". Pero algunos de ellos dijeron: "Éste que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera? Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: "Quita la piedra". Le responde Marta, la hermana del muerto: "Señor, ya huele; es el cuarto día." Le dice Jesús: "¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?" Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: "Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú

siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.” Dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal afuera!”. Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: “Desatadlo y dejadle andar.” Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho creyeron en él.»

En el evangelio de esta semana se presenta la resurrección de Lázaro, que es el último signo de Jesús antes de su Pasión; y que se convierte en el motivo inmediato de su arresto. Cristo, que va al encuentro de la muerte, quiere ver antes la misma muerte cara a cara. Por eso Jesús quiere postrarse ante el sepulcro de su amigo, cerrado, y llorar “conmovido, consternado”, a causa del terrible poder de este último enemigo, la muerte, que sólo puede ser vencido desde dentro, desde lo más profundo de sí mismo. El Papa Benedicto XVI dice: «... Jesús demostró un poder absoluto sobre esta muerte (...) Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «se conmovió profundamente, se turbó» y, por último, «lloró» (Jn 11, 33. 35). El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida...» (Benedicto XVI, Ángelus en el V domingo de cuaresma, 9 de marzo de 2008).

En la segunda lectura se nos presenta la realidad y vigencia de la resurrección de Cristo. Ahora, se trata de nosotros los cristianos, que ciertamente debemos morir, pero que, en virtud de la resurrección de Cristo y de su Espíritu Santo que habita en nosotros, tenemos la seguridad de que Dios, por este Espíritu, “...vivificará también nuestros cuerpos mortales...”. La condición, dice san Pablo, es que no nos dejemos conducir por la carne, es decir, por lo mundano y perecedero, sino por el Espíritu de Dios Padre y de Cristo. Con este Espíritu habita ya en nosotros el germen de la vida eterna de Dios y tenemos ya la prenda, la entrada segura, por así decirlo, en la vida de Dios. El cristiano que hace penitencia por sus pecados, no puede hacerla con tristeza, sino con la secreta alegría del que sabe a ciencia cierta que va al encuentro de la vida.

Entonces la profecía del profeta Ezequiel, en la primera lectura, es un anuncio de la victoria sobre la muerte porque, ver un corazón nuevo y un espíritu nuevo es por la participación del misterio pascual de Cristo, que expresa la Vida Nueva, de la que participa el Hombre Nuevo. Es por ello que San Pablo, en la segunda lectura, afirma que participamos de la Vida Nueva por el Espíritu de Cristo que habita en nosotros. Por eso la misión de la Iglesia y de todo creyente, es que a través nuestro, los que hoy no creen, puedan ser alcanzados por la Vida Nueva, que es la vida del Hombre

nuevo en nosotros; y no estemos pensando como los judíos, que la resurrección es un hecho más, como otro milagro; cuando ésta significa la razón que da sentido a toda la existencia humana.

El Papa Benedicto XVI nos dice: «... Por eso declaró solemnemente a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre». Y añadió: «¿Crees esto?» (Jn 11, 25-26). Una pregunta que Jesús nos dirige a cada uno de nosotros; una pregunta que ciertamente nos supera, que supera nuestra capacidad de comprender, y nos pide abandonarnos a él, como él se abandonó al Padre. La respuesta de Marta es ejemplar: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11, 27) que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz...» (Benedicto XVI, Ángelus en el V domingo de cuaresma, 9 de marzo de 2008).

A través de la Iglesia, Cristo viene a nuestra vida y quiere correr la piedra de nuestra vida, que nos ha encerrado en la muerte (tristeza, odio, rencor, amargura, etc.), y sólo Cristo si escuchamos su voz rompe estas ataduras de muerte y nos pone en camino de vida.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar